



Sí, hablemos de valores

Leemos mal el mundo, y decimos luego que nos engaña.

Rabindranath Tagore.

Por HERIBERTO RODRÍGUEZ

Valor del diálogo I

Desde hace algunos meses, la Federación de Mujeres Cubanas (F.M.C) desarrolla en todo el país debates en torno a la formación y consolidación de valores en las nuevas generaciones.

No es esta una iniciativa reciente ni ha sido la organización femenina cubana la primera en promover la discusión del tema entre sus afiliados. Antes, los estudiantes universitarios y los sindicatos han tomado los llamados valores como centro de sus discusiones en cada uno de los últimos congresos.

Sin embargo, que la única entidad femenina isleña, la cual agrupa a millones de mujeres de todos los oficios, estratos sociales y edades se lo proponga, tiene varias lecturas. Una de ellas es que, en efecto, las madres, abuelas, hermanas y tías suelen pasar más tiempo con los muchachos que los hombres, aún alejados estos en una sociedad que no ha alcanzado una real igualdad de géneros. Son las mujeres quienes por *contigüidad* o cercanía física y psicológica, mejor pueden transmitir a la descendencia lo que llamamos valores. Otra lectura importante es que se admite, implícitamente, el papel esencial de la familia como formadora —o deformadora— de las generaciones más jóvenes. Y esto es algo que, por fortuna, se está subrayando en años recientes: ni la escuela ni ninguna otra organización social o política posee una ascendencia moral y educativa tan grande sobre los muchachos como la familia.

No hemos tenido acceso directo a estas conversaciones, pero según impresiones recogidas allí donde se han producido, en la intención de los directivos de la F.M.C. parece estar más la recogida de opiniones y sugerencias de

las mujeres cubanas que *seminariar* sobre lo que los valores son o significan. Esto es muy loable, pues las buenas decisiones sólo pueden salir de un diálogo franco con los actores principales, con los destinatarios finales. De ese modo, y a manera de contribución, desearíamos desde las páginas de esta revista católica aportar algunas ideas con respecto a un tema que se torna a veces confuso y no bien comprendido.

Conceptos y Criterios

Los conceptos, que no son otra cosa que construcciones humanas, y cuya utilidad —por lo breve de su discurso— está en fijar principios esenciales en relación con un tema, inclinan la balanza del juicio. Pero, como las estrellas, no necesariamente obligan a la verdad. Esto quiere decir que si partimos de un concepto errado o poco claro, nuestro camino y destino final pueden ser también errados, confusos.

Esse parece ser un al precisar el concepto de valor: depende de quién y cómo lo defina. Sin embargo, un concepto, una teoría, podría funcionar muy bien en un libro, durante la conferencia magistral de un especialista. Es su inaplicabilidad lo que hace al concepto vacío, falso. Y eso es, justamente, lo que sucede cuando decimos que los valores humanos son, por ejemplo, relativos.

¿Por qué no son relativos los valores? En primer lugar, el ser humano es la única especie viva dotada de razón, cuya tendencia natural es la búsqueda de la verdad, del bien y del disfrute de la belleza. Créase que ha sido la Naturaleza o Dios quien ha conferido esa singularidad al Hombre, tal demanda de verdad, de bien y de belleza no dependen de sociedad o época alguna,

pues ha existido desde el controvertido *instante* en que pasó de simple *erectus* a *sapiens*. Pasaron y pasaran sociedades y gobiernos, filosofías y teologías, y el Hombre no será otra cosa que *un ser que busca, un ser al encuentro* del otro, de la perfección, de la verdad y del bienestar. Es como un *diseño intrínseco*: plural en los modos de buscar y hallar; singular y objetivo en sus metas, como si supiera, de antemano, que su destino es marchar hacia el horizonte y, una vez allí, todo comenzará de nuevo.

Un segundo juicio es de orden práctico. Emanado de la misma capacidad de pensar y pensarse. Dotado de conciencia moral, es decir, de la posibilidad de ir en pos del bien en la verdad, ateos, agnósticos y creyentes coinciden en que *algo superior* a ellos mismos como seres individuales los supera. Ante esa *magnitud inexplorada exterior* —La madre, los hijos, Dios, la Nada, el Líder o el Partido— la persona humana es la única especie viva con necesidad de *rendir cuentas*. Hay, para el hombre, como un ordenamiento natural manifiesto —los horarios, las lluvias, las cosechas, los ciclos de vida y de muerte— que le sugieren respeto por ciertas *verdades absolutas* colocadas fuera de sí. No se trataría de culpas atávicas al estilo sicoanalítico, sino de una predisposición únicamente humana para reverenciar, asombrada, la perfecta Creación.

Sería necesario entonces preguntarnos si la verdad, el bien y la belleza son, a su vez, condiciones relativas; si dependen de los hombres y no de una objetividad colocada fuera de lo humano. Podríamos afirmar que la relatividad está en la *forma* de buscar y *apoderarse* de la verdad y del bien—de los cuales, desgraciadamente, apenas podemos tener fragmentos. Cada vez que creemos poseer la verdad y el bien absolutas, y

no dejamos un margen, no a la relatividad sino a la objetividad de un mundo mucho más complejo de lo que podemos humildemente comprender, la naturaleza misma nos humilla con el fracaso.

La pretensión de verdades absolutas desde una lógica humana es la base de todas las guerras y de los regímenes totalitarios, tiránicos: hacer prevalecer sobre los demás *sus* verdades, bienes y bellezas. Cada vez que cae una tiranía o se derrumba una filosofía con ansias milenaristas, asistimos a la confirmación de que la verdad, el bien y la belleza no están todas en la cabeza de los hombres. Existen, son objetivas, y no dependen de poder alguno, por mucho que se esfuerzen los teócratas, burócratas y liberócratas en probarlo.

Como los valores humanos sólo pueden sustentarse en verdades y bienes objetivos, sin *accidentes*, decimos que su esencia es la de ser *trascendentes*.

Otra cualidad es su **condición moral**, no material. Al decir de Lotze, los valores no son, sino que valen. Se trata de entidades no cuantificables, precisamente, porque no hubo ni hay denarios, rupias, pesos, dólares o euros para pagar el amor, la amistad o la honradez.

Entonces, ¿qué vale un valor? Sencillo: vale mover el mundo cuando esos denarios, rupias, pesos, dólares y euros han agotado su poder de compra. Y lo mueven porque los valores humanos no acaban en la mercancía individual sino que poseen una *dimensión social de movimiento*: los valores están colocados en el Otro, no en el Yo.

Por otro lado, los valores funcionan a manera de piezas en un puzzle que engrana exponencialmente. No se puede ser buen amigo si se es mentiroso, o buen padre siendo egoísta. Cuando se vive en y para el amor, se es justo, buen padre y amigo, esforzado trabajador y esposo.

Así, los valores forman un *sistema* de cualidades complementarias, atadas por los invisibles hilos de un valor principal: el Amor. Sería difícil superar la descripción de Amor dada por San Pablo en Corintios 13. Cuando hay auténtico amor humano, la Verdad, la Libertad y la Justicia conviven en perfecta armonía. Quítese a esta ecuación uno



Foto: Ballate

**...los valores
forman un
sistema de
cualidades
complementarias,
atadas por los
invisibles hilos
de un valor
principal:
el Amor**

sólo de sus elementos y ya no podríamos hablar de valores. No hay Libertad sin Justicia; la Verdad no habita donde no hay Amor. Suprimase la Libertad del Amor —que es perdón sin límites, rechazar la mentira, alegrarse con el bien de cualquiera— y la Justicia y la Verdad pasarán de largo.

A modo de resumen, lo que llamamos valores son cualidades humanas trascendentes —superan al *Hombre y su Circunstancia*— implican una condición moral —no material ni siempre tangible—, y colocados en una perspectiva comunitaria —*común-unidad*— están siempre en función de los demás a manera de un sistema donde se engarzan cuatro valores mayores: el Amor, la Libertad, la Justicia y la Verdad.

Valores y Principios

Mucho oímos hablar de *principios*, y la palabra, de tanto uso, pierde su significado. Como su nombre lo indica, un principio es donde todo comienza. Los principios poseen connotaciones prácticas. Aclaremos, de entrada, que como preceptos, reglas o normas —sinónimos— no deben ser confundidos con los valores —categorías más generales— pero sin su complementariedad, los valores no pudieran ser. Los Principios tienen también un ordenamiento sistémico, y mover uno de ellos hace que toda la estructura sostenedora de un valor se venga abajo.

Explicuemos. La más conocida y probablemente antigua declaración de principios es la Ley que Dios entrega a Moisés en el Monte Sinaí y que ha trascendido hasta nuestros días como los Diez Mandamientos.

Aquel decálogo establecía una serie de preceptos: no robes, no mates, no levantes testimonio en falso, no cometas adulterio, etc. No ser ladrón, asesino o mentiroso, no es un valor, porque los valores son cualidades positivas. Ser honesto, ayudar al otro y estar siempre apegado a lo cierto cultiva valores como la Verdad.

En cambio, un valor como el de ser justo se torna inoperante en individuos que *codician la casa ajena*; un valor supremo como el del Amor se desarticula en quienes no *respetan a su padre y su madre*.

Del mismo modo que existen los valores y los principios —y que insistimos, no son relativos y de serlo, *armarían otra cosa* que no es un ser humano bueno—, ciertos preceptos facilitan la aparición de contravalores. Los contravalores acompañan al valor en una especie de polaridad negativa o bien, y para tomar una filosofía más constructiva, los contravalores no son otra cosa que *ausencias del bien*.

Algunos estudiosos de la axiología —filosofía de los valores— como Max Scheler dicen que los valores son objetivos, no dependen de lo que crea o no una ideología, un sistema sociopolítico o un individuo; y los valores, para Scheler, eran también universales, pues *valían* en cualquier época y sitio de la Tierra o del Universo. Un señor del Medioevo podía estimar como un principio o derecho natural pasar la primera noche de bodas con la esposa de su siervo; pero una vez consumado el matrimonio —cristiano— el señor feudal estaba cayendo en adulterio. De alguna manera su conducta, aunque aprobada socialmente, era inmoral y formaba un contravalor: yacía con la esposa del siervo por codicia, no por amor.

Llegados a este punto, o sea, donde aparecen contravalores como mala hierba allí donde se nota una ausencia, bien pudiera pensarse que más que *inculcar* o formar valores, lo que hay que hacer es evitar esos espacios vacíos, esas carencias del sentido mismo de la vida.

Relatividad y escalas

Siguiendo la línea de Max Scheler y de otros filósofos llamados personalistas —con la cual no hay que coincidir para llegar a conclusiones similares—, la objetividad y universalidad de los valores hace que estos tengan un ordenamiento lógico a manera de gradación o escala.

Se colocan, por ejemplo, los *valores sensibles*, lo captado por lo sensorial, en el nivel más bajo; en esa altura estaría algo como lo agradable. El criterio de agradabilidad, sin embargo, es relativo, pues depende de la cultura, de la época y de la geografía. De aquí que hoy muchos rechacen como valor un criterio tan subjetivo como que algo es agradable o desagradable. Lo hemos

No se puede ser buen amigo si se es mentiroso, o buen padre siendo egoísta. Cuando se vive en y para el amor, se es justo, buen padre y amigo, esforzado trabajador y esposo.

citado, no obstante, y con toda intención porque la llamada *posmodernidad* coloca lo sensorial, lo subjetivo, lo que me es grato, por encima de cualquier otro valor, si cabe el término.

En el segundo grado de valores se citan aquellos que tienen en cuenta la razón humana, es decir, lo cognoscitivo. La inteligencia y más, la sabiduría, estarían incluidas como valores humanos de segundo nivel. De tal manera, una escala de valores adecuada pasaría de lo sensible a lo racional; puede algo ser muy agradable pero la razón está en un segundo escalón para valorar su calidad real.

Pero, ¿podría ser relativa la razón? Hasta cierto punto. Los juicios de cada individuo y pueblo dependen de muchos factores, al igual que su sensibilidad. Basta tener poca cultura e información deficitaria para que la capacidad de razonar sea limitada. Entonces, los valores dependientes sólo de la razón humana pudieran adquirir visos de relatividad; no ser absolutamente trascendentes ni comunitarios al poder excluir a quienes no piensen igual: los revolucionarios franceses creyeron a la *Diosa Razón* el camino cierto a la Libertad, la Fraternidad y la Igualdad; era solo "su" razón; quienes no pensaron como ellos, hicieron rodar sus juicios al canasto de la guillotina.

Desde este análisis, se hace necesario un tercer escalón de valores, y allí están los llamados espirituales; para otros, los psicológicos o sociológicos. Podría decirse que estos son también valores racionales, pero... ¿qué razón existe en alguien que entrega la vida por otro que no conoce?; ¿cuán juiciosa es aquella sociedad que sacrifica el presente por un futuro que ni siquiera puede visionar?

Al hombre ha sido dada una misteriosa capacidad de *ver cosas* que caen en el campo de lo intangible, y no en el de lo pensando fríamente. Una persona percibe el futuro "hacer una familia,

una carrera universitaria, un cambio social" como bueno y necesario; el juicio le indica que para lograrlo ha de poner parte de su tiempo, energías y quizás nunca llegue a vivirlo; *verse* y *ver* a los demás en ese mañana todavía inexistente necesita un extra más allá del juicio o las sensaciones. Sólo así es capaz de ofrecerse.

Por último, y no aceptado por ateos y agnósticos, se citan los valores religiosos. Para los creyentes, esta es la cima de los valores, y Dios, el Amor Supremo que permite y protege todos los principios y valores humanos. Podremos no estar de acuerdo con la idea de Dios, pero... ¡no dejemos de admitir sus benéficas consecuencias para el ordenamiento moral y espiritual de los hombres! Un pensador tan vital como José Martí dijo que los pueblos debían ser religiosos hasta por una necesidad práctica.

Un *Ordenador de los Valores*, a quién sin ser un tirano sino un Padre rendimos cuenta por nuestras conductas terrenales, posee una lógica interior demolidora. La ausencia de este Ordenador Supremo en la mente de los hombres parece desencadenar tiranos que intentan sustituirlo: Generalísimo, Egregio, Líder Máximo o una fiambrera de libertinajes y guerras fratricidas. Curiosamente, la historia de la Humanidad demuestra que donde Dios ha estado *ausente*, los hombres lo hacen su *aliado* cual paraguas para sus *andanzas terrenales*— han campeado la desmembración social y familiar, los conflictos circulares, la miseria económica y del espíritu.

Podríamos decir, a modo de conclusión, que ante una escala de valores invertida, o con una *ordenación desordenada* en la cual priman los valores de corta duración y materiales sobre los trascendentes y espirituales, aparecen los contravalores como revelando cierta *física cósmica*: los espacios vacíos de amor, de libertad, de justicia y de ver-

dad se rellenan con rencores, cautiverios, desigualdades y simulaciones.

Valores y Sociedad

Mencionábamos que de todos los valores humanos, el Amor es como un *armador* de los demás. Cuando cualquier persona *choca* con los Evangelios, lo primero sorprendente de Jesús es con cuanta insistencia predica el Amor. Amor al prójimo, al enemigo, al desvalido, al pobre, al rico sin sosiego. Jesús parte de una Verdad que considera suprema: si todos somos Hijos de Dios, somos hermanos. Desde este Principio, la Fraternidad, es decir, el Amor entre Hermanos, es la Ley o el Valor Primero de toda comunidad humana.

La Revolución Francesa intentó llevar el valor de la Fraternidad en el trípico de su apotegma. Pero, para Robespierre, Marat, Saint-Just y Carnot, ¿quienes eran los *hermanos*? ¿Unos *ciudadanos* tenían más sangre en común que otros? La Revolución Francesa liberó al Hombre por primera vez de una tiranía vertical, la de la monarquía, pero en vez de construir lazos fraternos, en horizontal, desencadenó el fratricidio. La razón puede estar en que no se puede hablar de los valores, y sobre todo practicarlos, como si fueran privativos de unos hombres y de una sociedad y ajenos a otros. Los revolucionarios del Directorio se proclamaron Alfa y Omega de la Historia, hasta cambiaron el calendario, pero así y todo, el gran ausente en el importante proceso histórico fue el Amor; sobre todo, amor a quienes no pensaban igual.

Es una lección válida para todos los tiempos. Hubo Amor, Justicia, Libertad y Verdad desde tiempos inmemoriales. Y es cierto que algunas sociedades, precisamente por sus escalas de valores adecuados, propician el ejercicio de los valores mejor que otras. Sin embargo, partir *a priori* de que en una sociedad es imposible la Justicia y el Amor es tan anodino como afirmar que en otra la Verdad y la Libertad están siempre carentes. No es la palabra *compañero* o *camarada* la que me hace mirar al otro como hermano sino ver en el otro a alguien que se comporta, siempre, como amigo y hermano. No es el derecho a la propiedad o a elegir

una autoridad con poder real lo que habla por la justicia y la igualdad, sino sentir que de la sociedad obtenemos todo lo que merecemos y necesitamos, y los elegidos tienen la función de garantizar nuestros intereses y no los de ellos. Ser solidario, es decir, apoyar, estimular o adherirse al otro, no es lo mismo a sentirlo como hermano; a un hermano se lo perdonamos casi todo, a un *extraño*, sólo mientras tenga ideas como las nuestras.

Si la *fraternidad* es el paradigma del amor social, la *equidad* lo es en cuanto a la justicia comunitaria. Usamos este y no el término *igualdad* porque, nos parece que de la igualdad pudiera derivar el desafortunado y paralizante igualitarismo. Repartir según la necesidad y la capacidad de cada cual evita la injusticia de que quien más aporte reciba menos. Una sociedad equitativa no puede serlo por decreto; no se puede repartir lo que no se tiene, ni repartir lo que arbitrariamente se considera deben tener otros.

Debido a tal dilema, es imprescindible que el ser humano sienta la necesidad de producir, de crear bienes materiales y espirituales, y ello sólo es posible en libertad. Luego, la *autonomía* social sería la suficiente independencia dada a cada individuo y a la comunidad para hacerse responsables de sus actos. Tal es el concepto de un Estado moderno: instituciones civiles y estatales autónomas que responden a un conciliado bien común.

Es difícil que una comunidad humana sea fraterna, equitativa y autónoma si vive en la mentira, en la simulación. Por eso, el valor de la *autenticidad* es el que permite la adecuada transparencia para que individuos y sociedad se confronten a través de la discusión sincera. Un grupo humano que vive ocultando sus objetivos, y *es lo que no parece*, o *parece lo que no es*, no es auténtico, pierde legitimidad y al final, necesita de la violencia para hacer valer *su verdad*.

Valor del Diálogo II y ¿final?

Mientras el diálogo mantenga un nivel de escucha bidireccional, y no *sermoneante*; las quejas sean sustituidas

por soluciones, y se hable de los valores con valor para tocar el presente sin revestirlo de un futuro ignoto, es muy probable que se haya dado un paso inédito, serio, para que el debate sea ya acción misma.

A las madres y abuelas corresponden como a nadie ser esa primera escuela en la cual los vástagos más que *aprender* valores como el Amor, la Libertad, la Justicia y la Verdad, los vivan. Tarea difícil, sin duda. *Formar valores*, como acostumbra a decirse, no es clase magistral, práctica de laboratorio, normas de disciplina. Se aprende a amar siendo amado de la misma manera que a decir la verdad viviendo en ella; se conoce lo que es justicia cuando en el hogar ante cualquier falta los padres dan a cada uno lo que le toca, siempre teniendo en cuenta que el arrepentimiento y la misericordia son las claves del éxito; se aprende a vivir en libertad al existir responsabilizándose con los actos propios, y no culpando a otros de los fracasos. San Agustín tiene una frase que resume bien lo precedente: *En lo necesario, la autoridad; en lo dudoso, la libertad; en todo, la caridad.*

Las preguntas que muchos nos haríamos hoy en todo el mundo son: ¿están preparadas las madres y abuelas actuales para ser ellas mismas ejemplos de valores? ¿Por qué inculcarle a los muchachos la honestidad, la fraternidad y el ansia de libertad en un mundo en el que los muchachos vivirán mayormente con lo deshonesto, lo hostil y en dependencias múltiples?

La primera pregunta podría tener una respuesta lacónica: si no lo están, ya es hora, porque todo empieza por casa. La segunda encierra lo expuesto sobre los valores en las líneas precedentes: porque queremos a nuestros muchachos libres, veraces, justos; capaces de amar y de ser amados en todo tiempo y lugar; felices cuando ya no seamos para ellos más que un recuerdo o, acaso, la esperanza de un reencuentro en la Eternidad.

